

deslealtad de un gefe, el segundo de la Romana, don Juan de Kindelan, que fingiendo estar dispuesto á partir dió conocimiento de todo al general Bernadotte, fué causa de que los regimientos de Algarbe, Astúrias y Guadalajara, junto con algunas partidas sueltas, fueran sorprendidos, envueltos y desarmados, los unos por las tropas francesas, por las danesas los otros, siendo entre todos cinco mil ciento sesenta hombres los que por tan lamentable causa no pudieron embarcarse y se quedaron en el Norte (1).

Los nueve mil restantes lograron reunirse todos en Langeland, no sin gravísimos riesgos y dificultades, que especialmente algunos cuerpos tuvieron que vencer á fuerza de resolucion, de valor y de intrepidez. Allí, despues de haber despreciado los halagos, exhortaciones y ardidés de todas especies que empleó Bernadotte para ver de detenerlos en su plan de evasion, ejecutaron aquellos buenos españoles una de esas tiernas y magníficas escenas que solo el verdadero y acendrado patriotismo inspira á los hombres en momentos solemnes y en situaciones críticas y de gran peligro:

(1) El capitán Costa, del regimiento de Algarbe, viéndose de aquella manera vendido, afectóse tanto que prefirió poner término á su vida disparándose un pistoletazo. No paró en esto la traicion de Kindelan: delató tambien al capitán de artillería Guerrero, que se hallaba con una comision de confianza en el Sleswic: lleno

de indignacion el bravo capitán, acusó de traidor y alevoso á su denunciador delante del general Bernadotte: por fortuna suya el mariscal francés, prendado del enérgico arriete del capitán español, fué con el tan generoso que no solo le facilitó la fuga, sino que secretamente le proporcionó dinero para que la ejecutára.

escena no menos sublime que las mas celebradas de su índole y naturaleza en la antigüedad (1). Clavadas sus banderas en el suelo, y formando en derredor de ellas un círculo, hincados de rodillas y trasluciéndose en los semblantes la efusion que embargaba los corazones, allí juraron todos: ¡grandioso é interesante espectáculo! no abandonarlas sino con la vida, menospreciar seductoras ofertas, ser fieles á su patria y hacer todo género de sacrificios para volver á ella. En cumplimiento de este propósito, el 13 (agosto) se embarcaron para Gotemburgo, puerto de Suecia, nacion entonces amiga, y al poco tiempo se dieron á la vela para España. El 9 de octubre, despues de una navegacion trabajosa, saludaron llenos de júbilo la playa de Santander, y con no poca alegría vió tambien la nacion regresar á su seno en tales circunstancias aquellos denodados guerreros y buenos patricios, que arrancados con engaño de España habian acreditado su valor y arrojo peleando y triunfando en las regiones septentrionales de Europa. El marqués de la Romana se habia ido á Lóndres; la caballería se internó para ser remontada, porque allá habia dejado los caballos por falta de trasportes y de tiempo, y de la infantería se formó una division denominada del Norte, que al

(1) Toreno compara la heroica conducta de los españoles en el hecho que vamos á referir á la de Jenofonte y sus griegos en la célebre *retirada de los diez mil*: pero él mismo reconoce que fué mas meritorio el heroismo de nuestros españoles, porque se hallaban en condiciones en que el sacrificio era mas espontáneo y menos forzoso que el de aquellos.

mando del conde de San Roman se incorporó al ejército llamado de la izquierda.

En tanto que por allá tales escenas se representaban, acá seguía la revolución su movimiento y su curso. En las provincias Vascongadas y Navarra, donde la insurrección se había demorado, oprimidas como estaban por las fuerzas francesas, no pudo ya contenerse la inquietud de los ánimos, y estalló la explosión, ya con asonadas y revueltas como en Tolosa y otros pueblos de Guipúzcoa, ya levantándose como en Navarra partidas de voluntarios, que capitaneadas por hombres tan intrépidos como don Luis Gil y don Antonio Egoaguirre corrían la tierra dando no poco que hacer á las columnas francesas, ya alzándose la capital misma como en Vizcaya. El atrevido alzamiento de Bilbao (6 de agosto), donde se formó, como en todas partes, su junta popular, se ordenó un general alistamiento, y se nombró al coronel don Tomás de Salcedo comandante de las fuerzas bilbainas, tardó poco en ser ahogado por la división del general francés Merlin que inmediatamente acudió á sofocarle. Gente nueva y bisoña la que le esperó á media legua de la villa, fué fácilmente desbaratada y deshecha; sobre mil doscientos hombres costó aquella desgraciada jornada (16 de agosto), y Merlin entró en Bilbao tratando y castigando con dureza la población.

Dió ocasión este contratiempo á murmuraciones y censuras contra los generales, que, como indicamos

ya, habían entrado varios de ellos y permanecían con sus tropas en Madrid. En efecto, el primero que lo verificó (13 de agosto) fué don Pedro Gonzalez de Llamas, que desde la separación de Cervellon mandaba las tropas de Valencia y Murcia, en número de ocho mil hombres. Con júbilo grande fueron recibidas estas tropas en la capital: mas lo que produjo un entusiasmo parecido al delirio fué la entrada del general Castaños (23 de agosto) con la reserva de Andalucía, llevando los despojos y otros trofeos de las glorias de Bailen. Unas y otras pasaron por debajo de un magestuoso arco de triunfo. Siguiéronse á estas entradas los festejos de una segunda y solemne proclamación de Fernando VII. Mas no era en regocijos públicos sino en medidas de guerra en lo que querían los hombres de razón que se invirtiera el tiempo. Y así para acallar aquellos clamores, como hubiese en Madrid otros generales, resolvieron tener entre sí un consejo (5 de setiembre), al que asistieron Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña en persona, y por representación Palafox y Blake. Allí fué donde Cuesta propuso el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos y operaciones, cuya propuesta no halló eco en sus compañeros. Lo que se acordó fué que cada general se dirigiese con sus tropas á los puntos siguientes: Castaños á Soria, Llamas á Calahorra, al Burgo de Osma, Cuesta, y Palafox á Sangüesa y orillas del río Aragón: que Galluzo con la gente de Extremadura se uniese á

los que se encaminaban al Ebro, y Blake con los gallegos y asturianos avanzase hácia el nacimiento de aquel río y Provincias Vascongadas. Afortunadamente, aunque por escisiones, falta de recursos y otras causas lamentables, tan inconveniente desparramamiento de fuerza en tan estensa línea se ejecutó muy despacio, y nunca se realizó del todo.

Bien conoció Blake, y los espuso, los inconvenientes y obstáculos que para esta combinacion se encontrarían, pero dispuesto á ejecutar por su parte el acuerdo de la junta, repuesto un tanto su ejército del descalabro de Rioseco, aunque sin la caballería que habia pedido, y le habia sido ofrecida, partió de Astorga (23 de agosto) con veinte y tres mil hombres, de ellos solo cuatrocientos ginetes, distribuidos en cuatro divisiones, y en regulares y bien combinadas jornadas llegó á Reinosa, donde estableció su cuartel general. Este movimiento obligó á Bessières á abandonar á Burgos y dirigirse á Vitoria. Blake, despues de varias evoluciones para ocultar sus proyectos al enemigo, avanzó á Villarcayo, de donde destacó la cuarta division para que se apoderára de Bilbao. Hízolo así el marqués de Portago que la mandaba (20 de setiembre), desalojando despues de algun tiroteo á mil doscientos franceses que ocupaban la villa. Pero á los pocos dias marchó sobre ella el mariscal Ney, que acababa de entrar de Francia, con catorce mil hombres; y el de Portago, con arreglo á instrucciones para que no se comprometiera contra

fuerzas superiores, la abandonó (26 de setiembre), retirándose á Balmaseda sin pérdida alguna. Empeñóse Blake en recobrar aquella rica villa, y con su ejército reunido marchó sobre ella; al amanecer del 12 de octubre atravesaba la retaguardia la ría de Portugalete, y avanzaba rápidamente á la altura de Begoña: algunos batallones de la cuarta division arrojaron una columna francesa que ocupaba el Puente Nuevo; Ney abandonó la poblacion, y Blake entró en ella estableciendo allí su cuartel general.

En la marcha de Balmaseda á Bilbao recibió Blake un oficio de la Junta Central de Aranjuez, fecha 1.º de octubre, participándole un decreto, por el cual dividia los ejércitos españoles en cuatro, á saber: 1.º de la izquierda, que con el suyo debia operar en las Provincias Vascongadas y Navarra, cubriendo á Castilla, y se compondria de las tropas de Galicia y Asturias; 2.º de la derecha, ó sea de Cataluña, á las órdenes de don Juan Miguel Vives; 3.º del centro, á las del general Castaños; 4.º de reserva ó de Aragon, al mando de Palafox. Oportunamente se incorporó á Blake una division de ocho mil hombres procedente de Asturias, mandada por el antiguo y entendido militar don Vicente María de Acebedo, dividida en dos cuerpos regidos por don Cayetano Valdés y don Gregorio Quiros, asturianos todos. Y como coincidiese por aquellos dias el desembarco en Santander de las tropas venidas de Dinamarca, el conde de San Roman, á quien se ha-

bia dado su mando interino, ofreció unirse al ejército de la izquierda en tanto que recibia órdenes del gobierno, destinando desde luego dos batallones ligeros á aumentar la guarnicion de Bilbao, y tres regimientos de línea á Balmaseda. Concertó Blake sus movimientos con arreglo á los del enemigo, y el 24 de octubre se situó con la mayor parte de sus tropas entre Zornoza y Durango. Dejémosle allí, en tanto que damos cuenta de las posiciones de los demás ejércitos, así españoles como franceses.

Habia Cuesta cuidado más de vengar sus resentimientos con los diputados de Leon, Valdés y Quintanilla, que de ejecutar los acuerdos del consejo de generales de 5 de setiembre. De tal modo desagradó su proceder á la Central, que le mandó comparecer en Aranjuez, ordenó que se pusiera en libertad á los diputados por él presos, y puso el ejército de Castilla interinamente á las órdenes de su segundo gefe don Francisco Egúía. Constaba aquél de ocho mil hombres, y fué destinado á Logroño, donde tomó definitivamente el mando don Juan Pignatelli. Tales ocurrencias y mudanzas no habian favorecido la disciplina y organizacion de las tropas castellanas.—Gonzalez de Llamas, que habia salido tambien de Madrid con las de Valencia y Murcia en número de cuatro mil quinientos hombres, situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la Peña y Grimarest con las divisiones segunda y cuarta de Andalucía, fuertes

de diez mil hombres, que se fijaron en Lodosa y Calahorra.—Al otro lado del Ebro habia en Sangüesa ocho mil hombres del ejército de Aragon mandados por don Juan O'Neil, y á su espalda en Egea cinco mil al mando de Saint-March. A Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo, sucedió don Pedro Roca.—Castaños, que se habia detenido en Madrid, por manejos del Consejo, y á juicio de muchos con la esperanza de que la junta le nombrara generalísimo, salió por último (8 de octubre), dirigiéndose á Tudela, y de allí á Zaragoza, convidado por Palafox para concertar un plan de operaciones.

Redújose el que acordaron, y era como una continuacion de lo resuelto en Madrid, á amenazar el ejército del centro con el de Aragon á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de la plaza, en tanto que Blake marcharía por la costa á cortar la comunicacion con Francia al enemigo. Desacertado proyecto á juicio de los inteligentes, atendida la estension de la línea, la fuerza numérica de las tropas españolas, que no llegaba á setenta mil hombres, de ellos treinta mil al mando de Blake y sobre treinta y seis mil al de Castaños, y el número y colocacion de las divisiones francesas, que aunque reducidas á cincuenta mil combatientes, se hallaban éstos reconcentrados y prontos á acudir á cualquier punto de la estensa curva por donde fuesen acometidos. Y era esto tanto mas sensible, cuanto que los españoles habian perdido un tiem-

po precioso, habiendo podido aprovecharle con éxito casi seguro persiguiendo á José cuando se retiró de Madrid con su gente desalentada y casi sin orden, y no que le dieron lugar, no solo para reponerse, sino para recibir los refuerzos que de Francia le envió el emperador. En efecto, vino, como dijimos, el mariscal Ney á mandar el centro: los otros dos cuerpos los regian Bessières y Moncey; y el mariscal Jourdan, enviado tambien de París, se colocó al lado de José en la reserva. Además estaban todos protegidos por las fuerzas que en Bayona habia, mandadas por el general Drouet.

Movimientos poco acertados de algunos de nuestros generales, ó por precipitacion propia, ó por impaciencia acaso de los soldados, comprometieron las primeras operaciones de esta segunda campaña. La division castellana que mandaba Pignatelli en Logroño cruzó á la otra parte del Ebro adelantándose á Viana; estendióse Grimarest desde Lodosa á Lerin; y O'Neil con los aragoneses tambien avanzó por la parte de Sangüesa. De orden de Grimarest pasó don Juan de la Cruz Mourgeon á ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz y una compañía de voluntarios catalanes, advirtiéndole que se retirára si le atacaban fuerzas superiores, y ofreciéndole acudirle con oportuno socorro. Vióse en efecto Cruz acometido por mas de seis mil hombres del cuerpo de Moncey (26 de octubre); replegado al palacio, defendióse valerosamente con los mil

que él tenia hasta entrada la noche, rechazando fuertes embestidas y desoyendo varias intimaciones que se le hicieron, con la esperanza de los socorros que Grimarest le habia ofrecido. Pero éstos no llegaron, aunque de su apurada situacion dió Cruz oportuno aviso, y atacado al dia siguiente, y agotadas ya sus municiones, capituló honrosamente, y con la satisfaccion de que el enemigo, reconociendo y elogiando su valor, le concediera salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo ser los tiradores de Cádiz cangeados por otros prisioneros. Grimarest, so pretesto de una orden del general la Peña, repasó el Ebro y se retiró á la torre de Sartaguda.

Con el quebranto de Lerin coincidió la pérdida de Logroño. Habíase el mariscal Ney apoderado de las alturas que hacen frente á aquella ciudad de la otra parte del rio. Castaños, que se encontraba allí á la sazón, dió sus instrucciones á Pignatelli, asi para la defensa de aquel punto como para la retirada en caso necesario, y con esto se volvió á Calahorra. Pero Pignatelli se dió tanta prisa á evacuar la ciudad á los primeros amagos, y lo hizo con tal precipitacion y desorden (27 de octubre), que como si de cerca fuese acosado cuando nadie le perseguia, no paró hasta Cintruénigo, dejando abandonados en la sierra de Nelda los cañones, que por fortuna recogió el conde de Cartaojal con mil y quinientos hombres que por nadie fueron molestados. Indignado Castaños con esta con-